

Novohispanos del siglo XVI fueron o no fortalezas. Permite acercarse al profano al fondo del problema, que por otra parte ha generado una amplísima y discutida bibliografía en la que han participado todos los americanistas y los mismos investigadores mexicanos, siendo el trabajo de Tovar de Teresa el último en abordar el problema, afrontándolo desde planteamientos novedosos y originales. Lo más llamativo –sin duda tendrá respuesta entre los especialistas– es la tesis que defiende el autor: “... La finalidad primordial de los conventos fortificados habría sido la de defender a los propios frailes y a los indios de la animadversión manifestada por el resto de la población española hacia el proyecto mendicante de evangelización. Debieron defenderse, en un primer momento, del encono de la población española civil (conquistadores y colonos) y sobre todo, debieron defenderse frente a la hostil viabilidad del clero secular...”.

La segunda parte del libro –tres capítulos– demuestra en el autor un conocimiento pormenorizado y exhaustivo de las fuentes, especialmente de las *Crónicas*. Analiza la visión que los españoles tenían de los indígenas, y cómo en algunos de estos textos, se cita concretamente que hubo conventos que nacieron como fortalezas, especialmente en el territorio Chichimeca.

Quizá el capítulo “Conventos fortificados” sea el más atrayente para un historiador del Arte. Se abordan, como no podía ser menos, los tipos planimétricos de las iglesias, haciéndose algunas consideraciones personales sobre la viabilidad de las iglesias abovedadas de tres naves frente a las de nave única. Creo que la disyuntiva entre levantar iglesias de tres o de una nave tiene, como bien dice el autor, varias explicaciones: economía, huir de la suntuosidad y del lujo, etc., pero quizá, cabría añadir que la existencia de las capillas abiertas y atrios obviaba en cierta manera el problema de la necesidad espacial. El autor parece inclinarse por una teoría muy conservadora, al pensar en que las iglesias de nave única se avienen con el rigorismo de los frailes reformados, siendo ésta la única explicación para su proliferación en detrimento de otras planimetrías.

Obviamente no se podía dejar al margen el análisis del atrio, la Capilla de Indios y las Posas, cuyo origen el autor intenta incardinar en España, haciéndose eco igualmente de las tesis que defienden un origen hispánico. Parece obvio y fuera de toda duda, como está bien demostrado, que el origen de las Capillas de Indios o capilla abierta hay que rastrearlo en Occidente, y no es menos evidente y sugerente el gusto de las culturas prehispánicas por los espacios abiertos para celebrar las ceremonias religiosas; quizá de ahí el éxito de la adecuación de un espacio a unas necesidades evangelizadoras que a mayores se incardinaban con las raíces prehispánicas.

Tan sólo se le puede discutir al autor su idea –que recoge en las “Conclusiones”– de considerar el complejo atrial como “... una versión abreviada y esencializada del claustro conventual...”; uno y otro tienen perfectamente definidas sus funciones y no hay nada que los relacione, más bien todo lo contrario.

El libro se completa con una Bibliografía, muy actualizada, donde se aprecia el conocimiento profundo que el autor tiene de la arquitectura Novohispana del siglo XVI y especialmente de las fuentes. *Antonio Casaseca Casaseca*.

SAZATORNIL RUIZ, LUIS: *Arquitectura y desarrollo urbano de Cantabria en el siglo XIX*. Universidad de Cantabria. Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria. Fundación Marcelino Botín. Santander, 1996, 354 pp. con numerosas ilustraciones en blanco y negro.

En el mapa del pujante desarrollo urbano español del siglo XIX, existen algunas zonas y ciudades especialmente destacadas. No cabe duda de que la franja costera norte es una de

las más interesantes. Su vinculación con el comercio colonial, la actividad portuaria y la aparición de una potente burguesía comercial provocaron la transformación y el despegue definitivo de ciudades como Vigo, La Coruña, Gijón, Bilbao o San Sebastián.

La centralidad de Santander en este proceso, así como su protagonismo portuario a lo largo del siglo, confirieron a la ciudad y su entorno una sólida presencia en la estrategia territorial del Estado y una base social burguesa de amplias necesidades. Cantabria, en consecuencia, se convirtió en una de las zonas más “peculiares” de la arquitectura del siglo XIX español, con una fuerte demanda doméstica por parte de burgueses, aristócratas e indianos, una temprana implantación industrial, un permanente desarrollo balneario y una amplia dotación asistencial.

Todo esto, y más, aparece recogido en el libro de Luis Sazatornil, organizado en dos partes bien diferenciadas. En la primera, se atiende al desarrollo urbano de las villas y ciudades más pujantes (Santander, Torrelavega, Laredo, Santoña, Castro Urdiales) y a la delimitación funcional de los ámbitos público y privado, desde la articulación del espacio urbano (parques, plazas y calles), a la especialización arquitectónica de los nuevos tipos edificatorios (ayuntamientos, bancos, casinos, teatros, balnearios, estaciones, mercados, fábricas, cementerios). Especial atención merecen, además, cuestiones como el problema doméstico, las tensiones entre la casa y la calle, el desarrollo tipológico del palacio, la casa de vecindad, el “hotel de familia” o la villa suburbana.

En la segunda parte del libro, son analizadas las biografías de los arquitectos más activos, ordenados en periodos cronológicos fundamentales (Ilustración, arquitectura isabelina –románticos y tardoacadémicos– y arquitectura de la Restauración), con un intento de explicación circunstancial para cada periodo. Estos capítulos se completan con los dedicados al foco de Comillas, a la arquitectura inglesa y al regionalismo montañés, con carácter breve e introductorio este último. En el repaso a la arquitectura del siglo XIX en Cantabria, destacan figuras tan notables como Antonio Gaudí, Luis Doménech y Montaner, Juan Martorell, el londinense Ralph Selden Wornum, Antonio Ruiz de Salces, Severino de Achúcarro, Antonio de Zabaleta y, desde luego, una larga nómina de arquitectos cántabros, como Joaquín Rucoba, Eladio Laredo, Leonardo Rucabado o Javier G. de Riancho.

Nos hallamos ante un discurso bien articulado, en el que destaca la integración del marco regional en los procesos nacionales e internacionales, a través de abundante información sobre los modelos más generalizados. De esa manera, se asegura el interés no estrictamente regional de varios capítulos muy inspirados, como los dedicados a la formación del arquitecto o a la revisión de los repertorios historicistas y eclécticos que sostuvieron durante más de un siglo el éxito de las “arquitecturas parlantes”. La visión integral está firmemente trazada, y de ella resulta una imagen suficientemente nítida de la realidad social que sostuvo la producción arquitectónica, donde se entrelazan con pasmosa facilidad arquitectura, sociedad, urbanismo, economía y literatura. A través de ella, queda retratado el proceso de caracterización de La Montaña como zona “desarrollada” de España, europea y cosmopolita, intensamente pintoresca y con esa fuerte personalidad que conducirá, por emulación, al “regionalismo estético” de Pereda o Rucabado.

Una ágil exposición y una cuidadosa selección gráfica aseguran, por último, el continuo interés de esta obra, fortalecida por un contundente aparato documental. Nos hallamos, pues, ante una notable contribución –por calidad del trabajo e interés del tema– a la creciente bibliografía sobre el arte del siglo XIX español, con la que Sazatornil culmina la labor iniciada en sus monografías sobre el arquitecto romántico madrileño Antonio de Zabaleta y el santanderino Palacio de la Magdalena. *Javier Gómez Martínez.*